

tado en la decoración y equipo de *Los Magyares*, ÓPERA ESPAÑOLA del maestro Gaztambide, letra del poeta Olona. Por este respeto y esa consideración, y no por falta de buen sentido —al menos así nos lo hace creer nuestro orgullo nacional,—hase mostrado tolerante y benévola la ilustrada Prensa de Madrid con la nueva obra, tributándole unos elogios que no son para discutidos, y que seguramente no estaban en el ánimo de los señores gacettilleros..... Pero respeto y consideración son esos que ceden, en nuestro juicio, ante más altos respetos y atendibles consideraciones; ante las leyes de la razón y del buen gusto; ante los fueros de la música y de la poesía, temerariamente atropellados; y así, mal que le pese á la paz de nuestra vida, cogemos la pluma con el valor de quien cumple con su conciencia, no para oponernos á la opinión general, pues sabemos que la opinión general está de nuestra parte, sino para consignar en letras de molde lo que la opinión general murmura por lo bajo y no se atreve á repetir á la luz del día, en gracia de los susodichos miles de duros; lo que dice el *claqueur* en su casa; lo que asienta el *flateur* en el café; lo que publica oralmente en las tertulias el mismo periodista que batió palmas en su diario; lo que está, en fin, en el pecho de todos y en boca de ninguno, esto es, que *Los Magyares* no es, como la titulan, una

ÓPERA ESPAÑOLA, sino un disparate literario y musical, indigno de ser representado en un teatro nuevecito, ante un público de guantes blancos, en nombre del arte y de la literatura y á costa de tantísimo dinero.

Desmenucemos este párrafo.

## 4.

Ante todo, seamos los primeros en rendir un tributo de admiración á la Empresa por su arrojo y prodigalidad, al maquinista por su pericia, al pintor por sus ingeniosas concepciones, al director de escena por su maestría, al sastre por sus conocimientos históricos é indumentarios, y, finalmente, á todos los que han contribuído al aparato de *Los Magyares*, obra presentada al público con una perfección y un lujo insólitos en nuestros teatros, y verdadero modelo de *mise en scène* que recomendamos eficazmente á la Empresa del teatro Real, ya que es éste el pie de que cojea hace algunos años.

Y hé aquí todo lo que tenemos que elogiar en una función músico-literaria, en una ÓPERA ESPAÑOLA, en el supremo alarde hecho por la Empresa del teatro de Jovellanos para justificarse de haber inferido esta temporada todo género de ultrajes á las desventuradas Euterpe y Talía.....

5.

¿Y el libreto?

¿Y el *spartito*?

¿Y la zarzuela?.....; decimos mal: ¿Y la ÓPERA ESPAÑOLA?

¿Y el pretexto de tantos gastos?

¿Y las cinco horas que pasa el público en aquel salón?

¿Y el arte?

¿Y la literatura?

¿Y *Los Magyares*?

¡Qué! Porque Pizzala el platero hiciera pública exposición de sus diamantes y esmeraldas en medio del peor drama de Comella, ¿habíamos de dejar de silbar el atentado literario?

¡Qué! Porque unos cómicos de la legua se presentasen muy bien vestidos en el escenario del Príncipe, ¿habíamos de tolerarles que pisoteasen *El Hombre de mundo*?

¡Qué! Porque en *Los Magyares* se haya gastado mucho dinero en trajes y decoraciones, ¿hemos de oír impasibles el libreto del Sr. Olona y la música del Sr. Gaztambide? ¿Hemos de permitir que nuestros discípulos del Conservatorio lleguen á tararear semejantes obras? ¿Hemos de soportar que nuestro pobre público de las galerías crea que eso es

una ÓPERA ESPAÑOLA? ¿Hemos de consentir que los elementos de vida y prosperidad que encierra una Empresa tan rica como la de Jovellanos, se empleen en un terreno tan estéril, tan desagradecido, tan ignominioso para nuestras musas?

6.

Vamos al libreto.

¿Qué se ha propuesto dar al público el señor Olona al presentar su libro de *Los Magyares*? ¿Una broma? — ¡Pues á fe que es broma pesada!

Mas, por si va de veras, repare en la impasibilidad del público durante los cuatro actos de la zarzuela, y en que los aplausos vienen de ciertas galerías atestadas de aguadores y soldados.

Y es que los medios que se emplean para arrancar estos aplausos son tan absurdos, que no sabemos cómo tuvo el libretista serenidad para escribirlos.....

Si á disparates que choquen vamos, proponemos desde ahora un argumento de zarzuela —y como él se nos ocurrirían veinte por minuto,—de éxito indefectible:

Que el teatro represente una noria.

Caltañazor ha sido condenado por el rey de Taití á darle vueltas á la susodicha.

El Sr. Gaztambide escribe en el divino idioma de Donizetti las armonías imitativas del crujido de las ruedas y del gotear del agua.

A cada vuelta que dan los cangilones, sale de la noria un corista vestido de miliciano nacional bailando la cachucha.

Cuando ya está fuera todo el coro, Caltañazor lo arenga.

Pero el coro se enfada y lo echa á la noria.

El público cree que su favorito ha muerto.

Pero Caltañazor saca la cabeza por la concha del apuntador, y dice á sus admiradores de las galerías:

—Señores....., ¡si estoy aquí!

Fin del acto primero.

¡Qué éxito tan ruidoso! ¡Qué aplausos! ¡Qué ganancia tan espantosa haría la Empresa con una función semejante!

¿No es éste el secreto, Sr. Olona?

Pero seamos circunspectos.

En los más disparatados engendros de la grotesca musa de Francia hállase al menos, ya una sutil paradoja, ya una parodia llena de gracia y de inventiva: los caracteres menos verosímiles tienen cierta unidad; los hechos cierta ilación; la caricatura, por abultada que sea, ofrece un lado lógico.....

En *Los Magyares*, ni hay caracteres, ni los personajes tienen memoria, entendimiento ni voluntad.—Todos son tontos; todos se dejan

engañar como chiquillos; todos hacen lo contrario de lo que se propusieron hacer; todos olvidan lo que acaban de decir; todos descubren á lo mejor una penetración digna de M. Hume; todos, en fin, son víctimas de la impotencia dramática del Sr. Olona.

Por lo demás, ni un chiste nuevo, ni un verdadero epigrama. No es la sal de los hechos ó de los dichos lo que hace reír, sino el despropósito, la atrocidad de una y otra inconveniencia.

De este modo todos seríamos Ramones de la Cruz. Con presentar una chica que en el momento de tomar el velo de monja dijese que le picaban las pulgas, ó un moribundo que rompiera á cantar la rondeña, ó un canónigo con espuelas, ó una condesa que á lo mejor jurase y votase como un carretero, ¡ya tendríamos el efecto seguro!.....

¿No es éste el secreto, Sr. Olona?

Al menos, ¡así están escritos *Los Magyares!*

## 7.

De la *música* sólo diremos una cosa, y es que no la encontramos en toda la función. Oímos, sí, algunas rapsodias de *Guillermo Tell*, de *Roberto*, de *Traviata*, de *Marina* sobre todo, y varios calcos de nuestros cantos nacionales. Mas ¿qué importa la música.....

tratándose de una *ópera*?—¿Qué importa el carácter de esta *ópera* cuando se piensa en llamarla *ópera española*?—¿Qué importa el arte? ¿qué importa la Nación? ¿qué importa la propia dignidad cuando se trata de que el artesano y el tendero de comestibles, el portero y el escribiente, atraídos por la grosera plástica de un absurdo tañ descomunal, den á su familia cinco horas de un placer preparado exprofeso para satisfacer su mal gusto, y lleven á la faltriquera de las codiciosas musas lo que debían llevar á la *Caja de Ahorros*?

¡Oh! ¡Nuestras artes, nuestras letras convertidas en eso que se llama *saca dineros y engaña muchachos!*

Terminemos.

Si la música española tuviese en España otros representantes, otra casa, otro porvenir, en buen hora se llevaran los diablos á los zarzuelistas con sus sacrilegios y sus profanaciones. ¡Pero que la música sea el arte del siglo XIX; que España pertenezca á Europa; que Madrid sea la capital de España, y que en Madrid esté reducida la vida musical á *Los Magyares*..... es cosa horrible, que excita la indignación de todo el que tiene vergüenza!

El público acude, el público paga, el público aplaude.....—¿Qué importa si un extranjero asoma la cabeza por el teatro de Jovellanos y la vuelve luego hacia su patria, diciendo

en letras de molde: *el Africa empieza en los Pirineos*?

Ni ¿qué os importa tampoco esta revista?

1857.

### III

#### OTRA ÓPERA..... ESPAÑOLA

.....  
Tenemos novedad en el teatro de la *Zarzuela*.

Titúlase *El Lancero*.

Reflexión al *canto*..... y á la *letra*.—A las zarzuelas les queda de vida el tiempo que tardan nuestros literatos en sacar á relucir las pocas corporaciones ó clases civiles, militares y religiosas que no han aparecido aún en aquel escenario. Ya han salido á las tablas monjas, frailes, barberos afeitando en fila, marineros, colegialas, locos, y qué sé yo qué más.—Mañana serán los enfermos de un hospital coronados de gorros blancos; otro día será un coro de gallegos que van á esperar los reyes..... Hoy son *lanceros*.—El caso es ofrecer decoraciones y trajes nuevos.—Lo demás no importa.

Que la letra sea una traducción ó un plagio; que ponga colorada á la moral pública; que

esté en catalán ó en *patois*; que la música sea una trivial tonadilla ó un detestable remedo de tal ó cual trozo italiano ó francés; que se cante en contrasentido con las palabras; que carezca de filosofía, de expresión y de gusto....., ¡chico pleito!—El *negocio* es que la tiple salga con pantalón y levitín, ó el bufo con miriñaque; que haya vistosos uniformes y sables *de verdad*; que se digan equívocos tan decentes como los de *El Lancero*; que la acción estribe en que una mujer vestida de hombre esté encerrada con otra en una habitación, y en la natural alarma de cuantos ignoran el cambio de traje; que se oigan redobles de tambores, ó repiques de campanas, ó coros de bostezos y estornudos, si no se prefiriesen de relinchos; algo, en fin, que profane el arte y la literatura, y ya tiene V. al público *inteligente* loco de júbilo y con sus tres reales dispuestos á correr todas las noches.

Así es que el Sr. D. Ventura de la Vega escribe hoy una zarzuela de magia. ¡Después vendrá otra con fuegos artificiales; luego una en que se regalen naranjas al público; y Dios sabe si llegará el caso de que se permita á los abonados á anfiteatro tomar parte en los coros ó besar á las coristas!

¡Decididamente la zarzuela es un espectáculo *popular, nacional, español*, en toda la extensión de la palabra!

¡Y, sobre todo, la *cuna de la ÓPERA ESPAÑOLA*!

.....  
1857.

#### IV

#### POR QUÉ GUSTAN LAS ZARZUELAS

(RÉPLICAS Á UN AMIGO.)

.....  
—Amigo mío (repliqué por último, resumiendo mis contestaciones): yo abomino de la zarzuela, antes por sentimiento que en fuerza de silogismos. Cáeseme el alma á los pies cuando medito en que la música, el arte peculiar del siglo XIX, la más sublime, y hasta si se quiere la sobrenatural expresión de la belleza, no tiene en España otros horizontes en que tender su vuelo, que los estrechos límites á que la reduce este mezquino espectáculo, *mixto como todo lo decadente*.

¿Qué es aquí la música? dígame V.—Una esclava puesta al servicio de un traductor de dramas de brocha gorda. ¿Qué probabilidades de éxito, de ganancia, de gloria, de inmortalidad, tiene un compositor de este teatro?—Las que le sobren á un maquinista hábil, á un gracioso caricato y á una fábula absurda,

llena de espantables episodios é increíbles peripecias:— ¡nada más!

Aquí el todo es el libro.— Que el libro ofrezca grandes rarezas en trajes y decoraciones, montañas practicables, ganado vacuno que discurra por la escena, una tiple bonita (si no, no sirve), y vestida de hombre por añadidura, y tiene V. el teatro lleno veinte noches.— Una glosa del bolero ó del fandango y cuatro trompetazos que atruenen la cabeza, bastan, por lo demás, para que el filarmónico de estos barrios se figure que ha oído una *ópera española*.

El músico que quiere ir más lejos pierde el trabajo, el tiempo y la paciencia.— Ahora: si la tierna y apasionadísima melodía española ensayase el género sentimental, que es el que más cuadra á su índole y tendencias; si nuestros músicos— algunos lo han hecho,— en vez de atenerse á una servil imitación de las armonías exteriores de la naturaleza, buscasen en el cielo de la imaginación aquella habla reveladora de Rossini, de Bellini y de Donizetti, vería V. nacer de pronto una nueva escuela musical, que sería el asombro de toda Europa, como hoy lo son nuestros peregrinos cantos nacionales.

Pero mientras sigamos por esta senda de perdición; mientras el teatro español no arroje por la ventana ese crudo y malsano manjar

que llaman zarzuela, en que el canto, ó es gratuito, ó material y onomatopéyico, y la instrumentación inadecuada y confusa, como todo lo que carece de inspiración; mientras usted oiga cantar á simples aficionados, entre los cuales apenas se cuentan dos ó tres medio artistas, y vea escribir libretos á hombres que se confiesan....., no digo profanos, sino anti-páticos á la música, España será en esto una potencia de último orden, como lo es en otras muchas cosas. ¡Por eso no transijo con las zarzuelas, ni con este teatro, ni con los compositores, ni con V., que viene á consentirlos!

—Pero ¿y V.? ¿A qué viene?— me preguntó con mucha sorna mi antiguo amigo.

—¡Hombre!, yo vengo porque tú vienes, porque aquél viene; porque nosotros venimos, porque vosotros venís, porque aquéllos vienen.

—¡Vaya, vaya! (me dijo, dándome una palmadita en el hombro), V. modificará sus ideas.— Esto gusta..... ¿No ve V. el teatro lleno?— Aquí se ríe uno, pasa el rato, ve muchachas bonitas, y.....

—¡¡Y siente satisfecha su vanidad!!

—¡A ver! Explíqueme V. ese pensamiento.

—Es muy sencillo, y da la clave de la duración de este espectáculo en España, así como de otras menudencias. ¡Oh! No sin trabajo he llegado á tan luminosa conclusión.....

—Veamos esa conclusión.

—Mire V. ¡No hay cosa que las medianías aborrezcan tanto como al genio, ni nada que les agrade más que otras medianías menores que ellas!—Ahora bien: en el mundo hay una mayoría inmensa de hombres medianos y menos que medianos.—Vienen aquí esos hombres, y se encuentran con un músico á quien pueden criticar, con un cantante que necesita de su indulgencia, con un poeta que se contenta con hacerles reir, con un espectáculo, en fin, que no les dice *¡admira!*, sino *¡tolera!* El hombre mediano no se ve humillado, por consiguiente; no prueba la envidia; no siente la presión de aquel genio que, en otros teatros, le desprecia desde lo alto de las bambalinas.....—«*Aquí todos somos unos* (dice mi hombre en la Zarzuela, enseñando la caja de dientes). *¡No lo hacen mal!*..... *¡Pobrecillos!*.....»—Y se ríe....., y está *à son aise*, sin temor á aplaudir inoportunamente, sin quedarse en ayunas del argumento, sin verse obligado á fingir que le gusta esto ó lo otro,—cosas todas que le suceden en el teatro Real ó en la representación de un buen drama.—¡Mire usted con qué aire de protección y de suficiencia se agita aquel banquero en su palco!..... Óigale usted cómo dice: «*¡Qué tontería!* *¡Vaya, si no sé cómo viene uno á estas cosas!*—*Yo sé mucho más que el músico, que el poeta y que el cantante!*»

¡Ah! no lo dude V.: la turbamulta, y en especial los ricos estúpidos, sienten satisfecha su vanidad y á salvo su natural amor propio en este teatro, que habla en su mismo idioma y que nunca se permite darse con ellos aires de superioridad.

.....  
1858.

## V

### ÚLTIMA PALABRA

.....  
La zarzuela agoniza..... La zarzuela morirá antes que nosotros creíamos.

Démonos la enhorabuena.

Muerta la zarzuela, nacerá la ópera nacional; porque tenemos maestros, y los tendremos aún, que darán mejor inversión á su genio, más alta dirección á sus trabajos; porque nuestra patria ha producido buenos cantantes, y volverá á producirlos cuando no se esterilicen sus facultades en ingratas tareas, cuando no estraguen las primicias de su genio en las orgías musicales de la calle de Jovellanos.

En tanto, nuestros poetas, dejando de aspirar al triste salario que les ofrece el *vulgo necio* de que hablaba Lope, tomarán de nuevo

el áspero camino de la gloria, y escribirán, como pueden, el drama y la comedia de nuestra edad filosófica.

El público mismo no comprenderá su ceguera pasada, como hoy no comprende el entusiasmo que produjeron Comella y Churiguera; como hoy se asombra de haber tenido en gran estima las piezas andaluzas, el baile francés, á algunos personajes del reino y otras aberraciones del gusto.

Y el público, entonces, se dará también la enhorabuena.

.....

1859.



## CARTA Y PRÓLOGO

REFERENTES AL LIBRO TITULADO

«EN LOS MONTES DE LA MANCHA»

I

CARTA

**A**L diablo no se le ocurre lo que á usted, mi querido Navarrete! ¡Enviarme, para que yo lo presente al público, un libro que pugna con todas mis ideas y con casi todos mis sentimientos!—Demos de barato, hombre de Dios, que mi firma tuviese en el mercado literario todo el crédito que usted apasionadamente supone..... ¿No conoce usted que lo tendría *por algo*, y que ese *algo* se fundaría en mi propia manera de pensar y de sentir?—¿Qué resultaría, pues, si, á los que de mi opinión se fiaran, les recomendase yo una obra como ésta de V., que contradice todas las doctrinas de mis pobres escritos y hiere ó desconoce los más íntimos afectos de mis